

do por no tener quien llevase la artillería. (1) "Pues cómo, le replicaron, ¿por esto has estado y no lo has dicho? y en ménos de media hora presentaron quinientos indios de carga. Los embajadores mexicana no llevaron á bien la determinacion; más sin duda para estar presentes y saber cuanto pasaba se dejaron persuadir para ir á Tlaxcalla, bajo la promesa de Cortés de no consentir les hicieran daño. (2)

Al día siguiente de mañana dijo misa el presbítero Juan Díaz, y despues de una exhortacion, los castellanos abandonaron el cerro de Tzompantzinco, al cual en memoria de los sucesos ahí pasados pusieron por nombre Torre de la Victoria. Púsose el ejército en marcha con todas las precauciones de ordenanza, cada soldado en su puesto, listas las armas, encendidas las cuerdas para arcabuces y bombardas. "Era cosa notable ver la gente que de la comarca salía á mirar á los castellanos, y todos espantados de ver á tales "hombres, con la experiencia de las batallas que habían vencido; "mudos y atónitos los miraban, no sabiendo que creer, ni en que "había de parar la venida de aquella gente. Y era tambien de notar lo que los cempoalas, y los otros indios que seguían á los castellanos, muy ufanos y hablando con los otros decían, porque unos "contaban su fortaleza, su bondad y sus hazañas, que todos lo oían, "alabando su Dios en cuya virtud vencían: otros decían, ¿qué os "parece? veis aquí los escogidos, enviados de su Dios, á quien tantos de vosotros no bastaron á vencer, y os los traemos por amigos." (3)

El camino entero fué una verdadera ovacion, concurriendo á la solemnidad mas de cien mil personas. En el campamento de Xicotencal los recibió el principal del lugar; en Atlhuetza (4) salió á regalarles Piltecuhtli con nobles y pecheros; acatamiento igual les hicieron en Tizutla, (5) dirigiéndose en seguida á Tlaxcalla. Al entrar en la ciudad las calles estaban obstruidas por la muchedumbre, las azoteas llenas de curiosos; los cuatro cabezas de la señoría, que al intento se adelantaron, vinieron á Cortés con los nobles de

(1) Los indios llamaban á los cañones *tepuztli*, es decir, cobre; Bernal Díaz, estropeando la palabra escribe *tepuzque*.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXIV.

(3) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. XI.

(4) Hoy Santa María, cerca del rio Zahuapan.

(5) Cabecera del señorío de Xicotencatl, hoy San Estéban.

cada parcialidad, con sus vestidos de nequen del color respectivo á su demarcacion; y los sacerdotes con sus lúgubres vestiduras, mostrando la reciente sangre de sus orejas acabadas de sacrificar, trayendo en las manos los braseros con incienso para zahumar á los extranjeros. Don Hernando se apeó del caballo, saludó cortesmente, y como Xicotencatl y los demas se acercaran á abrazarle, les tomaba y aseguraba por la muñeca de la mano derecha, dejándose oprimir el cuerpo por solo el brazo izquierdo de sus amigos. Siguiéron protestas de seguridades y amistad; en seguida tomándole en medio los cuatro señores le llevaron á aposentar al palacio de Xicotencatl: tuvieron alojamiento los soldados en lugar próximo al de el general, los cempoalteca con los de Ixtacmaxtitlan en las cuerdas del teocalli principal, mientras á los embajadores mexicana se dió posada en la cámara de Don Hernando. (1) Aquel día memorable fué viernes veintitres de Setiembre. (2)

No obstante tantas pruebas de amistad, Cortés previno á la tropa no tomara nada á no ser que se les regalara y no se separara un paso de los cuarteles sin previa licencia; en cuanto á la guardia la hizo montar con las mismas precauciones cual si el enemigo estuviera al frente. A los castellanos pareció aquello excesiva rigidez y así lo representaron; mas el general les respondió ser así indispensable, pues siendo tan pocos debían estar siempre alerta para no ser desbaratados. En esto mostraba verdadera prudencia. Notáronlo igualmente los de la señoría y quejéronse, diciendo les parecía desconfianza en sus palabras y ofrecimientos tan cauta vigilancia; sosególes Cortés respondiéndoles, ser aquellas leyes y costumbres de la milicia, las cuales no se abandonaban en paz ni en guerra. (3)

(1) Muñoz Camargo. MS.—Ixtlixochitl, Hist. Chichim., cap. 83. MS. Asegura este escritor, que en lo relativo á Tlaxcalla sigue la autoridad de Tadeo de Niza de Santa María, natural de la cabecera de Tetiepac, quien por mandato de la señoría, siendo gobernador Don Alonso Gómez, escribió el año 1548 una Historia de Tlaxcalla y la dió á Fr. Pedro de Osorio para ser llevada á España.—Las pinturas de la manta hacen relacion á los lugares en que los castellanos fueron recibidos y agasajados.

(2) Dos diversas versiones encontramos. Gomara, Crón. LIV, pone diez y ocho, y le siguen Andrés de Tápia, Herrera, Torquemada, &c. Seguimos como más conforme con la cronología de los sucesos á Bernal Díaz, cap. LXXIV, quien dice: "co. "no entramos en tierra de Tlaxcala hasta que fuimos á su ciudad se pasaron veinte "y cuatro días, y entramos en ella á 23 de Setiembre de 1519 años."

(3) Bernal Díaz, cap. LXXV.

El día siguiente, sábado 24 de Setiembre, dijo misa el P. Juan Díaz, asistiendo á la ceremonia Xicotencatl y Maxixcá tzin con otros muchos nobles. Acabada la ceremonia, los dos señores presentaron un pobre regalo en pocas joyas de oro y ropas de nequen, aunque bien labradas, disculpando la pobreza de la dádiva con las vejaciones y robos de los méxica, sobre quienes cargaron la mano pintándolos con negros colores: agradeciéndole de buena manera el general, encareciendo en cuánto estimaba el don, no por su riqueza sino por venir de sus buenos amigos. Ofrecieronle igualmente mujeres mozas y por casar para él y los suyos, lo cual también agradeció aceptando. Ya hemos dicho la significación de estos regalos de mujeres, los cuales eran señales de paz y alianza, de relaciones de parentesco estrechados por los vínculos de la familia; en el presente caso había además el intento de obtener generación de seres tan prodigiosos y valientes. Xicotencatl destinaba su propia hija para Cortés, y como en aquel día no se separara de su presunto hijo, como ciego que era le palpaba rostro, barba y cuerpo, á fin de formarse aproximada idea de la persona. (1)

Conforme al ofrecimiento hecho trajeron hasta trescientas jóvenes de buen parecer, de ellas esclavas, muchas de las principales familias y las hijas y parientas de los complacientes nobles. Tecuiloatzin y Tolquequetzaltzin eran hijas de Xicotencatl; Maxixcá tzin presentó á Cicuentzin, hija de Atlapaltzin; el señor de Quiahuitlan trajo á Zacuancocatzin, hija de Axoquentzin y á Huitznahuahuatzin hija de Tecuanitzin. (2) Xicotencatl tomando á una de sus hijas por la mano la presentó á Cortés diciéndole: "Malinche, (3) esta es mi hija y no ha sido casada; tomadla para vos;" rogándole diese á las demás principales á los capitanes. Cortés las recibió con rostro alegre, diciendo las aceptaba, mas que por entonces las dejaba en poder de sus padres y parientes. Preguntado por cual causa hacía el desaire, no aceptándolas de luego á luego, replicó: "Porque quiero hacer primero lo que manda Dios nuestro Señor, que es en el que creemos y adoramos, y á lo que envió el rey

(1) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.—Muñoz Camargo. MS.

(3) Según aparece, el nombre de Malinche pusieron á Cortés en Tlaxcalla durante la guerra y tal vez como apodo; según Muñoz Camargo, después de entrado en la ciudad le dijeron el capitán Chalchiuh, *chalchihuitl*.

"nuestro señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen ni maten más hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, que es un sólo Dios verdadero." Por boca de Marina y de Aguilar siguió ensalzando las excelencias de la fé cristiana, dando á entender sus misterios y esperanzas de la otra vida: concluyó con que para tomar aquellas mujeres por esposas y hacer más sólida y duradera su amistad, destruyeran los ídolos, convirtiéndose á la verdadera fé. Respondieron los señores, ser su religion para ellos antigua, y no poderla dejar sin examinar ántes si sería bueno el cambio; sus dioses eran buenos y dábanles cuanto necesitaban; aunque ellos no quisieran se opondrían los papas y la multitud: terminaron con la declaración firme de no abandonar su culto, aunque por ello hubieran de morir. (1)

Aparece que los cuatro nobles no se mostraban tan renuentes acerca de admitir las divinidades extranjeras; pero consultado el pueblo, se negó resueltamente á abandonar su culto y sacrificios. Siguiendo las inspiraciones tolerantes de sus dogmas, que admitían entre sus númenes las deidades de los demás pueblos, á la par de las suyos y con la misma reverencia y acatamiento, resolvieron dejar poner en sus teocalli las imágenes cristianas, sin abandonar por ello las nacionales. (2) No contento con aquella transacción, Cortés hubiera tal vez procedido de la manera imprudente que en Cempoalla, á no haberle contenido los consejos de los capitanes Alvarado, Velazquez de Leon y Lugo, junto con las amonestaciones de Fr. Bartolomé de Olmedo, quienes le patentizaron no sólo lo peligroso del paso, sino la inutilidad de una conversión basada en medios violentos sin haber penetrado el corazón. ¿"Qué aprovecha, decía el religioso, quitalles ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los pasan luego á otros?" (3) Transigiendo con las circunstancias, una sala del palacio de Xicotencatl fué transformada en oratorio para los castellanos; con gran fiesta fué colocada una cruz en el sitio donde los señores recibieron al conquistador, y en un teocalli recién construido, limpio y de nuevo encalado, quedó colocada una imagen de la Santa Virgen, con una gran cruz: "de que estaban muy

(1) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

(2) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

"admirados los tlaxcaltecas, viendo que los cristianos adoraban al "dios que ellos llamaban Tonacacuahuitl, que significa, Arbol del "sustento, que así lo llamaban los antiguos." (1) En este teocalli se dijo misa, y fueron bautizadas las cinco doncellas principales, tras cuya ceremonia, la hija de Xicotencatl, llamada ya Doña Luisa, fué entregada á Pedro de Alvarado, la traída por Maxixcatzin nombrada Doña Elvira, cayó en poder de Juan Velazquez de Leon, tocando las demas á Cristobal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila: (2) el resto se dió por pasto á los soldados. Proceder extraño, que facultaba á concubinatos pasajeros sin responsabilidad reconocida.

Los escritores de la república aseguran, que el presbítero Juan Díaz bautizó á los cuatro señores cabezas, sirviéndole de padrino D. Hernando Cortés, recibiendo estos nombres cristianos Bartolomé Xicotencatl, Baltasar Citlalpopocatzin, Gonzalo Tlihuexolotzin y Juan Maxixcatzin; fundándose para ello, así en las relaciones como en una pintura conservada en el cabildo de Tlaxcalla. (3) Lo mismo admite Fr. Juan de Torquemada, bajo la autoridad de Muñoz Camargo, si bien en parte distinta acepta otra relacion en la cual se dice, que habiendo enfermado de viruelas Maxixcatzin, año 1520, y deseando morir cristiano, D. Hernando envió para bautizarle á Fr. Bartolomé de Olmedo. "Y yo tengo aquel hecho por más verdadero que éste, porque en todas las pinturas que hay de esta historia y bautismo, están todos cuatro juntos bautizándose, y señalado el ministro que fué el clérigo Juan Díaz, y no fraile. Y esta pintura está en la portería del convento de Tlaxcalla, y ellos con sus nombres cristianos y gentiles sobre sus cabezas. Y pues desde los principios de esta conversion indiana está hecha esta pintura, y pasa sin contradiccion de indios ni españoles, es cosa cierta que aquello pasó así, y no como esta relacion dice." (4) En la manta de Tlaxcalla, el cuadro octavo representa el bautismo de los cuatro señores. No obstante estos testimonios la aseveracion nos parece falsa. No negamos que los cuatro cabezas de la señoría hayan sido bautizados; negamos lo fueran durante la permanencia de los

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.

(2) Bernal Díaz cap. LXXVII.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.—Muñoz Camargo, MS.

(4) Monarq. Indiana, lib. IV, cap. LXXX.

castellanos en la ciudad, el mes de Setiembre 1519. Cortés calla por completo el hecho; hacen lo mismo Andrés de Tapia, Gomara y Herrera; no dice una palabra la informacion hecha en México y Puebla, año 1565, á solicitud del gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla: á ser cierto lo pregonaran como uno de sus mayores triunfos. Tenemos en contrario la autoridad de Bernal Díaz, quien, como ya vimos, escribe á este propósito: "dijeron y dieron "por respuesta que no curásemos más de les hablar en aquella cosa, porque no los habían de dejar de sacrificar aunque los mataren" (1) Otra relacion contraria, y parece ser la verdadera respecto de Maxixcatzin, es la mencionada por Torquemada. A nuestro entender, es invencion de los vencidos, perpetuada por los escritores de origen tlaxcalteca, haciendo alarde, en los tiempos de la dominacion española, del gran mérito contraído por sus compatriotas en los dias de la conquista, ya por su lealtad con los invasores, ya en haber admitido docilmente los misterios de la fé.

El rumor de la entrada de los hombres blancos y barbudos en Tlaxcalla, se derramó con increíble velocidad por la tierra, causando gran admiracion, pues la república gozaba fama de poderosa y valiente. De todas partes acudía la gente en secreto á ver los maravillosos extranjeros, "y de Tlaxcalla les decían más de lo que era "por espantar toda la tierra, afirmando que eran dioses, y que no "había poder humano que los pudiese ofender, ni enojar." (2) Bajo estas impresiones, los castellanos pasaban hermosa vida, respetados, atendidos, agasajados, con gran abundancia de manjares y placeres. D. Hernando y los suyos, visitaron minuciosamente los palacios, templos y lugares públicos, así para satisfacer la curiosidad, como

(1) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

(2) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. XI.—Muñoz Camargo, MS.—Curiosas son las consejas acreditadas entre aquellos pueblos respecto del caballo. Creían al principio como creyeron en Tabaseo, que animal y hombre eran una sola pieza como el fabuloso centauro, y por este engaño daban para el bruto raciones de gallinas, pan y comida. Tuviéronlos despues por bestias fieras comedoras de gente, á cuya causa los hombres blancos les ponían frenos en las bocas y los traían atraillados con cadenas de hierro; así, cuando algun caballo traía el hocico ensangrentado, decían se había comido algun hombre: eran inteligentes para ejecutar las órdenes recibidas de los blancos, y cuando relinchaban creían era de hambre, acudiendo luego á darles de comer y beber cumplidamente, porque no se enojarán. Despues con el trato frecuente, se desvanecieron estas maravillas, quedando en darles yerba por alimento.